

segundo golpe (que yo sepa) a *La novela de un joven pobre*, de Octavio Feuillet, si mal no recuerdo. Verdad que está en broma lo que en la obra de Feuillet está en serio casi siempre; no obstante, es imposible no advertir las coincidencias y las semejanzas.

Por eso mismo, en *El corazón manda* el papel importante es de galán; el que desempeñó Puga, actor que está creciéndose y ganando puesto.

* *

Zazá es obra de prueba para las actrices. Los cinco actos de esta novela psicológica y amorosa desarrollada escénicamente, requieren un desempeño distinto, y siempre intenso, dentro de la cuerda que hacen vibrar. El primer acto requiere travesura, desentoladura, picardía, descaro — todo ello con una nota de discreción y gracia, sin la cual no sería tolerable el cuadro que presenta, y resueltamente de malas costumbres. El acto segundo pide ternura, alegría, romanticismo, la juventud de una pasión que aun no ha sufrido martirio, pero que ya palpita y quema. El tercero, dolor, la dignidad que el verdadero amor comunica a todas las acciones, ingenuidad, revelaciones íntimas de lo que hubiera sido el amor maternal en el corazón de una mujer en el fondo tan buena. El cuarto, vehemencia, casi locura. Y el último, una cierta ironía por debajo del mal extinguido amor, la resignación al destino, y la suprema altivez de preferir la soledad completa a una dicha transitoria. Todo esto hay en *Zazá*, y tal variedad de resortes hace de sumo empeño el papel.

La Xirgu estuvo feliz en muchos pasajes; en otros, como es una mujer que tiende a la distinción, a la reserva, a la sobriedad, las comparaciones anteriores con las actrices italianas no le fueron favorables. La Mariani encanallaba más el papel; pero, así encanallado, convencia y hasta conmovía doblemente. *Zazá*, no hay que olvidarlo, no es una duquesa, sino una hija del pueblo. El desorden, la incultura, son en ella naturales. La bohemia, su ambiente. Tal carácter lo hizo la Mariani resaltar de un modo encantador. Pero ya estoy cayendo yo también en la comparación que repruebo.

Nos dió la Xirgu, en suma, una *Zazá* muy atractiva, y que le ha valido varios llenos, porque el público no desdeña, al contrario, esta comedia humana, y la tiene incorporada a su repertorio favorito.

* *

En *Salomé*, también puede la Xirgu sostener la competencia, al menos con la Borelli, única actriz que aquí ha representado el famoso drama de Oscar Wilde.

En el Teatro Real cantó la ópera *Salomé* la Bellincioni, mujer ya entrada en años, pero actriz y danzarina insuperable. Lo delgado que conservaba el cuerpo, lo glacial de sus formas la permitían caracterizar (con ayuda de la óptica de la escena) a la joven princesa de Judea, y su «danza de los siete velos» es acaso la más sugestiva de cuantas he visto. La coreografía fué lo que menos me agradó en la Xirgu: en cuanto al modo de entender tan difícil personaje no encontré que desmereciese de la Borelli, y acaso hubo más calor y realidad en la actriz catalana.

Aquí, como ya dije en otra ocasión, *Salomé* ha sido por lo menos escuchada y no prohibida ni considerada un atentado a la moral pública. No diré que suscite entusiasmo, pero sí gran curiosidad, y en algunos aficionados al arte, interés. En Inglaterra tengo entendido que no se la puede nombrar sin pasar por *shocking*. Como dijo cierto arriero de mi país: «Dios nos deje andar a caballo de quien lo entiendan.»

La Xirgu hace una princesa de Judea interesantísima. Admirablemente vestida, sus actitudes son, como conviene al personaje, misteriosas, sombrías; su rostro expresa lo que va a decir, antes de decirlo, y su acento va más allá que las palabras. Los actores que con la Xirgu interpretan la tragedia de Oscar Wilde, a mi juicio, es un milagro que no hayan suscitado protestas en el público. En efecto, o yo no entiendo palabra o todo lo que se dicen Herodías y Herodes es para dicho en voz baja, y no a gritos, y menos ante el enviado del César. La madre, al exteriorizar sus celos, el padrastro, al descubrir su torpe inclinación, no lo han de hacer a voces; toda la escena de la terraza requiere mucho reprimido y poco chillado. Nadie matiza; nadie tiene en cuenta la verosimilitud. ¿Es culpa de la obra? Creo que no: lo que sucede es que los demás personajes, sacrificados a la protagonista, suponen que no tienen más oficio que hablar alto, para que el público entienda mejor el raro argumento.

Resumiendo mis impresiones acerca de la Xirgu, creo que se le puede vaticinar, sin ser un gran profeta, el más lisonjero porvenir. ¡Su edad florida, sus aptitudes tan variadas, su sentido de lo trágico y de lo dramático, y más que nada su reserva, su exquisito gusto al no abusar de recursos fáciles, encierran, al lado de la ya obtenida realidad, tantas promesas! Hay el inconveniente del acento, dicen, y, para orillararlo, la Xirgu tiene que imponerse cierta lentitud de pronunciación. Yo supongo que en una organización tan privilegiada pronto será vencido este obstáculo.

De todas suertes, la presencia en Madrid de esta actriz tan notable ha sido una fiesta para los que deseamos que el arte no decaiga, que haya quien sostenga la gloria de nuestro teatro nacional...

¿Nacional he dicho? Aquí está el *quid*. No representa Margarita Xirgu nada nacional; excepto el idilio de Rusiñol, *El patio azul*. Parece preferir lo extranjero, y sin gran acierto en la elección ni gran esmero en las traducciones. Y, ya que la Xirgu se limita a lo extranjero, sería mejor que hiciese el repertorio selecto, lo que ha logrado imponerse, las obras señaladas, entre las cuales *L'Aigrette* dista mucho de figurar.

* *

En lo físico, la Xirgu, sin ser una belleza, posee rasgos y detalles excelentes para actriz. Su cuerpo es suelto de movimientos y elegante de actitudes, y sus formas, que ningún principio de obesidad ha atacado, tienen la castidad de lo juvenil, la gracia y gentileza del capullo. Su cabeza está bien inserta sobre el cuello y los hombros, y su cintura parece libre de corsé, aunque lo lleve. Gracias a este modelado, no débil dentro de la finura, cenceño y enjuto, puede la Xirgu convencer en *Salomé*, obra que sería intolerable presentada por una mujer algo gruesa, o de formas recias, o de modelado vulgar, porque la princesa de Judea tiene que parecerse a una pantera joven de elásticos giros y felinas coqueterías.

* *

Hay un accesorio en la figura de la Xirgu que me ha interesado infinitamente, y son sus manos, de una hechura que no suele verse, como no sea en los retratos de Van Dick, el cual, lo mismo que otros pintores de su época, no copiaba del natural las extremidades, sino que tenía un dibujo ya hecho, que servía lo mismo para el pletórico duque de Oxford, que para una belleza de la corte.

Y nuestro realista Velázquez no dejó a veces de incurrir en este mismo convencionalismo, que escamoteaba una de las mayores dificultades del arte del retratista, porque obtener la semejanza de una mano no es menos difícil que obtener la de un rostro. Naturalmente, al pintar manos irreales, los maestros eligieron un modelo no sólo bello, sino espiritual, unas manos con alma y con un juego de dedos delicadísimo.

Pues esa mano que habla, por decirlo así, es la de la Xirgu, que encuentra en ella poderoso auxiliar para los efectos de la voz y del semblante.

Son largas y flexibles, ágiles y vivas, dramáticas y solemnes las manos de la Xirgu, y en ellas, la copa que se alza, la antorcha que se agita, adquieren un sentido profundo. Cuando las pasa por la negra cabellera de la testa cortada de Yokanán, yacente en el plato de plata, son unas manos de cera, que tienen fiebre, y aterran más las manos, que la cabeza misma del profeta, lívida y sangrante.

Con todos los elementos que a la ligera he reseñado, tiene la Xirgu más de lo que necesita para una carrera gloriosa.

Hay, lo he indicado al principio, mucha gente a quien no le caben en la cabeza dos actrices juntas, y que censura a una porque no es el exacto calco de otra. Yo desearía que se contasen por docenas, o siquiera por los dedos de la mano, las actrices capaces de emular a las que actualmente descuellan, por cualidades que está bien que no sean las mismas, y hasta casi convendría que fuesen opuestas, porque así se completarían, en el vasto y vario panorama del arte escénico.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Dije en una crónica anterior que necesitaba para juzgar el trabajo de Margarita Xirgu verla un poco más; y aunque no la he visto todo lo que desearía, ya tengo nuevos datos que añadir a los de *Elektra*. La he visto en *Zazá*, en *El corazón manda*, en *L'Aigrette*, y en *Salomé*.

Lo primero que yo quisiera descartar al hablar de esta actriz, es la odiosa comparación. ¿Qué resulta la Xirgu comparada con Tina di Lorenzo, con la Borelli, con la Mariani, con la Guerrero, etc., etc.? No se debe juzgar así por relación, sino por lo contrario, individualmente. Cada actriz tiene sus especiales condiciones, su personalidad; cada actriz, si vale algo, interpreta a su modo los papeles. A veces la interpretación de un papel cambia según los tiempos. Yo he vivido lo bastante para alcanzar aquéllos en que *La dama de las camelias* se hacía tosiendo todo el último acto. Hoy no tose ninguna intérprete del drama de Dumas. Los personajes de Shakespeare varían tanto, según el actor que los encarna, que no los conociera a veces el padre que los engendró.

Y todo está bien, cuando está bien. Sería servilismo que una actriz se sometiese a la imitación estricta de lo que antes hizo otra actriz eminente.

* *

Cada papel es, para el actor o la actriz, una afirmación de individualidad. Según siente y comprende a aquel personaje, así lo revela; y debemos por unas horas prestarnos a este juego estético y ayudarlo con nuestra amplitud de comprensión. Además, en tal momento, debemos desterrar la memoria de otras veces en que vimos interpretar el mismo personaje.

Temiendo sin duda el escollo de la comparación, las artistas de renombre evitan coincidir en el repertorio con otras. En efecto, sería difícil hacer *Magda* después de la Duse, o *Locura de amor* después de la Guerrero. Hay obras que, o por adaptarse al temperamento como anillo al dedo, o por estar indicadas para la figura y condiciones físicas, o por cuaiquier razón, las vincula un actor y son su triunfo. No cabe sorprendernos el caso.

Margarita Xirgu ha elegido, para mostrarse al público de Madrid, obras muy distintas, y no todas buenas, ni siquiera notables. La que menos me ha gustado es *L'Aigrette*. Inspirada en el sentido de crudeza social de ciertas obras de Bernstein, como *El ladrón* y *La ráfaga*, no tiene la emoción dramática profunda de estas dos creaciones. Es inverosímil, no por los hechos que en ella se desarrollan, sino porque, a mi ver, el autor no ha sabido desarrollarlos de tal suerte que convenga. Todo es pequeño y rebajado en ese drama, o en esa comedia dramática, si se prefiere tal designación. Sin embargo, a veces ocurre que en una obra de escaso valor, una actriz o un actor se destacan con lucimiento especial; y en *L'Aigrette* la Xirgu tiene momentos de gran altura, así en la escena muda del segundo acto como en la final, que encierra el pensamiento de la obra.

* *

En *El corazón manda* no tiene la Xirgu gran ocasión de brillar. Su papel es sencillo, sin matices, al alcance de cualquier damita joven. Por señas que esa obra demuestra lo agotado que se halla el surtido de asuntos teatrales, pues ha sido preciso darle el